



Todo lo puedo en Dios

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

El llamado a la santidad que está presente en las Escrituras, nos hace conscientes de que podemos llegar a ella, siempre y cuando permitamos a Dios que sea Él quien actué en nuestra propia consagración de la vida. Exige por tanto una consciencia clara de lo que somos y podemos llegar a ser, además de la real y completa apertura a nuestro Dios, quien obra la Santidad. En este sentido que importante para nuestra vida aprender a escuchar el testimonio de los santos que presenta la visión relatada por Juan en el apocalipsis, en ella proclaman: “La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero” (Ap 7,10). Sabiendo que la santidad es un llamado que se hace a seres humanos pecadores, esta sólo puede llegar por medio de la aceptación de la redención, actuar como cristianos, es aceptar que Jesucristo nos ha redimido y allí todos tenemos un lugar. Así lo enseña la Iglesia en su exhortación sobre la santidad:

Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10). (Gaudete et exsultate n.15)

Siendo la santidad un llamado para todos, requiere que en el pleno ejercicio de nuestra voluntad la busquemos sin descanso, nos apresuremos a salir a su encuentro. Lo cual sólo puede ocurrir como consecuencia de la fuerza de atracción que procura el amor de Dios, en el que todo se realiza. Así llegará a decir el catecismo de la Iglesia Católica; “La caridad es el alma de la santidad a la que todos están llamados: dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin” (CEC n.826) Aquí encontramos un reflejo de lo que hemos cantado con el salmista, “quienes buscan al Señor con un corazón limpio y manos puras, que no juran en falso, reciben la bendición del Señor” (Sal 24, 4).



La bendición del Señor que percibe quien le busca con sinceridad, le permite vivir en la esperanza y la confianza que ofrece el Espíritu Divino, quien lo enseña todo y es la fortaleza para quien busca imitar al Hijo de Dios. Así podemos entender el programa de santidad presentado por Jesús y transmitido por el evangelista Mateo en el sermón del monte, que hemos escuchado en este día (Mt 5,1-12) y del cual S. Agustín hace una meditación desde el testimonio que encontramos en las Escrituras, que nos permite reflexionar en cómo ponerlo en práctica.

¿Qué es seguir sino imitar? La prueba está en que Cristo sufrió por nosotros dejándonos así un ejemplo, como dice el Apóstol, para que sigamos sus pasos (1Pe 2,21). Dichosos los pobres en el espíritu. Imitad, pues, al que se hizo pobre por vosotros siendo Él rico (2Cor 8,9). Dichosos los mansos. Imitad al que ha dicho: tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Dichosos los que lloran. Imitad al que lloró sobre Jerusalén. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia. Imitad al que dice: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado (Jn 4,34). Dichosos los misericordiosos. Imitad al que ayudó a aquel que los ladrones hirieron y yacía en el camino medio muerto y desesperanzado (Lc 10,33). Dichosos los limpios de corazón. Imitad al que no tuvo ni sombra de pecado y sobre sus labios no se encontró ni un punto de malicia (1Pe 2,22). Dichosos los pacíficos. Imitad al que dijo en favor de sus perseguidores: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (Lc 23,24). Dichosos los que sufren persecución por causa de la justicia. Imitad al que sufrió por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas. Con los ojos de la fe que has abierto en mí, te veo, oh mi buen Jesús, te veo clamando y diciendo, como arengando al género humano: «Venid a mí y poneos a mi escuela».

Todo este proceso hace reconocer al cristiano, que el camino real de santidad consiste en unir su vida a Cristo, saberse miembro activo de su cuerpo; es lo que podemos contemplar cuando celebramos la fiesta de todos los santos, en ellos según la enseñanza de la Iglesia (CEC n. 828) reconocemos hombres y mujeres, que, sostenidos en su fe, han practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios. Por este testimonio del amor de Dios, que permite que en una criatura se pueda vislumbrar su huella, los reconocemos como bienaventurados, dichosos, santos, lo cual significa que son personas en las que identificamos como alegres y libres en el amor. Así podemos encontrar una razón más para emprender nuestro camino:

No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. (Gaudete et Exsultate, n. 32)



desdelosimple

Para contemplar la vida

Unamos nuestros corazones a las intenciones de la Iglesia manifestadas en las palabras de nuestro pastor, el Papa Francisco, quien culmina su exhortación con estas palabras:

Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...». (Gaudete et exsultate, n. 176)

Porque Dios nos ha creado, nos ha hecho a su imagen, nos acompaña en el camino y nos espera para recibirnos en su regazo, en Él todo lo podemos, incluso algún día poder ser santos. En nuestro peregrinar por la tierra no lo somos, pero estamos en este camino sostenidos en su amor, formados por el Espíritu y protegidos con su gracia.